

alianza con el emperador, que era la que mas se armonizaba con sus intereses, y pidió su auxilio cuando se vió atacado por Enrique II á consecuencia de una contienda hereditaria surgida respecto de Namur; pero el aliado del inglés, Felipe de Colonia, impidió al emperador realizar su proyecto de presentarse contra él con su ejército á orillas del Mosela. La indulgencia de Federico llegó entonces á su término, y dirigió un procedimiento formal contra el rebelde arzobispo, que era indudablemente respecto del emperador mas culpable que en su tiempo lo había sido Enrique el Leon. Felipe desatendió la intimación del emperador, pero sus aliados se espantaron ante las consecuencias que podía tener su conducta y se apresuraron á hacer las paces con el emperador. El arzobispo, abandonado por Inglaterra, por el rey de Dinamarca y por el landgrave de Turingia, se encontró muy pronto en una situación comprometida: su único apoyo era Urbano III, pero este también se veía por todos lados amenazado. En efecto, en Italia Enrique VI, no contenido ya por su padre, avanzaba triunfalmente, y el colegio de cardenales cada día se mostraba mas inclinado á la paz, único medio de evitar los desastres que amenazaban á la Iglesia. Urbano III, sin embargo, se negaba rotundamente á ceder y estaba, por el contrario, decidido á dar el último paso de hostilidad contra Federico y á lanzar contra él la excomunión cuando, afortunadamente para la Iglesia, que con tal política se hubiera visto envuelta en una serie de incalculables complicaciones, sorprendió la muerte en Ferrara, en 20 de octubre de 1187. Entonces desaparecieron inmediatamente todas las dificultades, pues fué elevado al solio pontificio, con el nombre de Gregorio VIII, el adalid del partido de la paz, el cardenal canciller Alberto, hombre bondadoso y conciliador de quien nada podía ya esperar Felipe de Colonia.

En tales circunstancias, llegó de allende los mares la terrible noticia de los rudos golpes que habían echado por el suelo la dominación cristiana en los Santos Lugares, tales como la victoria de Saladino en Hittin, la toma de Jerusalén y la pérdida de las ricas ciudades de la costa, especialmente de San Juan de Acre, que era tenida por inexpugnable. Entonces se hizo á todo el Occidente un llamamiento para acudir á salvar las posesiones comunes de la cristiandad que tan seriamente amenazadas se veían: la Iglesia tuvo que ocuparse principalmente en predicar una nueva y gran cruzada, tarea á que se dedicó con entusiasmo Gregorio VIII. Su sucesor Clemente III siguió el mismo camino.

Por primera vez entró entonces Alemania en este movimiento, adhiriéndose á él con alegría y entusiasmo cada vez mayores. Todas las disputas fueron relegadas al olvido, y desapareció toda discordia, para que nadie se viera imposibilitado de tomar parte en la liberación del Santo Sepulcro. Poseídos de tales ideas reuniéronse á fines de 1188 en Maguncia los príncipes alemanes con el emperador. También compareció Felipe de Colonia, el cual, por mediación del cardenal legado Enrique de Albano, que había ido á Alemania en interés de la cruzada, hizo las paces con el emperador, á condición de que declarara bajo juramento que al desobedecer las intimaciones imperiales no había tenido intención de ofender el honor ni la consideración de su soberano. Federico se cruzó para ejercer, como general en jefe de la cristiandad, su cargo imperial en el mas ideal de los sentidos, según la opinión de aquella época. La curia romana no podía poner impedimento alguno al cruzado, antes al contrario por interés propio debía hacer todo cuanto pudiese para favorecer aquella gran empresa. De esta suerte, Federico consiguió una victoria completa en las cuestiones que todavía estaban pendientes entre él y el pontifi-

cado. Clemente III intimó á Folmar que se presentara en Roma para disculparse, y el emperador, dados los sentimientos del papa, pudo esperar un arreglo equitativo en aquel asunto para él tan depresivo. El pontífice dió una garantía de sus disposiciones pacíficas y de sus deseos de favorecer los intereses de los Staufen cuando invitó á Enrique VI á que fuera cuanto antes á Roma á recibir la corona imperial, acto que debía dar inmediatamente origen al imperio alemán hereditario y proporcionar á Federico el logro del último y supremo fin de su política.

El emperador puso, entonces, en órden los asuntos del imperio y de su casa para mientras durase la cruzada. Enrique el Leon fué nuevamente desterrado porque no solo se negó á tomar parte en la expedición á Oriente que organizaba el emperador, sino que no quiso renunciar á una completa restauración, á cambio de lo cual se le hubiera repuesto en parte en sus dominios. Evidentemente quería aprovecharse de la ausencia del emperador para promover una sublevación, y esto era lo que con especial cuidado estaba encargado de evitar Enrique VI, á quien el emperador confió la regencia del imperio. El hijo segundo de este, Federico, recibió además del ducado de Suabia los bienes por aquel adquiridos del conde de Pfullendorf; Conrado, el presunto heredero de Welfo VI, obtuvo los dominios de Federico de Rotenburgo, que había fallecido en 1187, y á Oton se le concedió la Borgoña; Felipe menor del emperador, había abrazado la carrera eclesiástica y era preboste de la catedral de Aquisgrán.

En 11 de mayo de 1189 emprendió Federico su marcha á Oriente. Sabido es que no consiguió el fin que se propuso; en efecto, después de haber dejado sentir el peso de sus armas sobre los desleales griegos y de haber logrado imperecedera fama en su lucha contra los infieles, murió en 10 de junio de 1190 al atravesar las montañas de Sicilia ahogado en la corriente del Saleph: su muerte fué profundamente sentida por el ejército, que se encontró sin jefe, y muy llorada por la nación alemana, que honraba en él al glorioso restaurador de su pérdida magnificencia. Federico murió siendo la admiración del mundo, ante cuyos ojos había puesto de manifiesto como realidad viva el ideal de una soberanía universal.

El reinado de Federico no solo marca el apogeo del imperio durante la Edad media sino que con él coincide también el grado mas alto del desenvolvimiento nacional de Alemania en aquella época. Los elementos nacionales, que antes tan á menudo estaban en pugna con los universales, llegaron á la sazón á un equilibrio hasta entonces no conseguido, y las fuerzas que constituían, en vez de disgregarse se unieron en una acción común, lo cual ciertamente no se hubiera podido conseguir á no haber ocurrido un cambio notable en el interior. El reinado de Federico I significa un renacimiento decisivo del imperio, pues Alemania comenzó á ser una liga de príncipes. Al conceder este emperador á las diversas partes de sus dominios la independencia que necesitaban para atender por sí propias á sus respectivos intereses, consiguió libertad de acción para el imperio, de modo que recuperaba como emperador lo que como rey concedía.

CAPITULO V

EL EMPERADOR ENRIQUE VI

(1190-1197)

Cuando en mayo de 1189 salió de Alemania el emperador Federico, pudo dejar el gobierno del imperio en las expertas manos de su primogénito, que desde muy joven había

sido instruido y educado para la alta misión que le estaba reservada y que desde la Pentecostés de Maguncia y la coronación de Milan venía siendo primero auxiliar y luego colega de su padre. Dotado del mismo talento y de la misma energía que este, superior á él en profundidad de pensamientos políticos y en audacia de proyectos, tan buen guerrero como excelente hombre de Estado, convencido de la importancia de su misión y decidido á hacer que todos reconocieran sus derechos, fué digno heredero de la política imperial de los Staufen, que con paso seguro marchaba hácia la soberanía universal. En la realización de esta política ayudaron al joven emperador, á la sazón de edad de veinticuatro años, los que durante mucho tiempo habían sido excelentes auxiliares de su padre, especialmente Wichmann de Magdeburgo y Conrado de Maguncia, que lograron dominar el ardor y los ímpetus de sus juveniles años. Sus dotes de gobierno fueron puestas á dura prueba mucho antes de lo que se esperaba, pues mientras el pensamiento de Enrique VI estaba fijo en la coronación imperial que le había sido prometida y cuando la inminente vacante del trono de Sicilia le marcaba para un porvenir no lejano una tarea tan grandiosa y brillante como difícil, surgieron en el Norte de Alemania algunas complicaciones que pusieron en grave peligro la soberanía efectiva de los Staufen. El poder welfo quería tomar venganza de la destrucción de que había sido víctima. El débil duque Bernardo de Sajonia se encontraba destituido de todo auxilio en medio del desórden que le rodeaba: los daneses, aprovechando la ausencia del valeroso Adolfo III de Schauenburgo, que se encontraba en las cruzadas, hicieron algunas devastadoras incursiones, y el ambicioso arzobispo Hartwich de Bremen se aprovechó también de aquella ocasión para tramar peligrosas intrigas, en inteligencia secreta con Enrique el Leon y con el conde de este, Ricardo Corazón de Leon, rey de Inglaterra, el principal enemigo del poderío de los Staufen, el cual en su inquieta ambición y en su afán de aventuras quería abrirse paso para llegar hasta el trono de Sicilia. Protegido por este apoyo, salió el welfo de su destierro, quebrantando así su juramento; los muchos adversarios del nuevo órden de cosas en Sajonia se unieron gozosos á él, y en favor suyo empuñaron también las armas los holsteinenses y los stormanes. Lubeck abrió sus puertas al fundador de su libertad y de su esplendor. La antigua rival de la ciudad del Trave, Bardewieck, fué destruida en castigo del ultraje inferido en otro tiempo al duque que se dirigía al destierro. Únicamente la fuerte Segeberg pudo resistir estos ataques, mientras Adolfo, conde de Holstein, que se encontraba en la cruzada, se apresuraba, al tener noticia de estos sucesos, á regresar á su patria (1).

Pero el welfo y sus aliados encontraron en el joven gobernante del reino una resistencia tan enérgica como la que habían encontrado en el emperador. Enrique atacó tan resuelta como prudentemente á los rebeldes, protegido por todos los que tenían algo que perder con la restauración de los Welfos, especialmente por el arzobispo de Colonia, marchando rápidamente sobre Sajonia al frente de su ejército; Brunswick fué sitiada, pero á pesar de que las tropas de Colonia devastaron sus alrededores sostúvose enérgicamente. La victoria conseguida por Adolfo III de Schauenburgo en Lubeck contuvo los progresos de los Welfos. Esto no obstante, la guerra se hizo sumamente pesada en aquel momento á Enrique VI, pues la noticia de la muerte de Guillermo II de Sicilia le llamaba hácia aquellos lejanos territorios del Sur, donde tenía que sostener sus derechos á la corona normanda. Enrique el Leon deseaba también un

(1) Toeche: *El emperador Enrique VI*, Leipzig, 1867.

armisticio, pues se había encontrado con mayor resistencia de la que esperaba, y la probable marcha del rey á Italia le ofrecía quizás una ocasión mas favorable para intentar una restauración. Por eso, mediante la intervención de los arzobispos de Colonia y de Maguncia, en el verano de 1190 se firmó la paz en Fulda. Convínose en que se derribarían las murallas de las plazas fuertes welfas de Lanenburgo y de



Relieve en piedra del emperador Federico Barbaroja (crucero del convento de San Zenon, en Baviera, 1170-90)

Brunswick, y en que Enrique y Lotario, hijos de Enrique el Leon, serían entregados como rehenes al monarca. La única ventaja que con esta paz obtuvo el welfo consistió en que le dejaran la mitad de las rentas que producía Lubeck. Su cómplice principal, el intrigante arzobispo Hartwich II de Bremen, fué mas duramente castigado, pues perdió su cargo y tuvo que salir desterrado dirigiéndose á Inglaterra, cuyo rey era el centro de la oposición, cada vez mas extensa, contra el gran poderío de los Staufen.

El porvenir de estos estaba en Sicilia, cuya conquista se

hacia muy problemática. Ciertamente que el derecho de Enrique VI a la sucesión siciliana había sido expresamente reconocido con ocasión de su casamiento con Constanza, desde el momento en que los magnates habían prestado vasallaje a los reales esposos como a sus futuros soberanos; pero cada vez era mayor el número de los que temían seriamente la probabilidad de que a Enrique pasara la corona. El reinado pacífico y tranquilo de Guillermo II había dado gran impulso al bienestar de aquellos ricos territorios, en los cuales había desaparecido el recuerdo del origen de la soberanía normanda, porque los últimos reyes no habían gobernado como príncipes guerreros y conquistadores: el antagonismo entre gobernantes y gobernados se había extinguido poco a poco, y con satisfacción cada día mayor se desarrollaba el sentimiento de cohesión y se robustecía la conciencia nacional. Hasta entonces, solo se había aprendido a considerar a los alemanes como enemigos; el floreciente pueblo, en el cual se unían los elementos civilizadores italianos, griegos y árabes formando un conjunto brillante y rico en colores, miraba con desden a los bárbaros alemanes, que solo parecían abandonar su pobre patria septentrional para saciarse de los placeres y riquezas del Sur. ¿Qué tenían de común los alemanes con los italianos del Sur y con los sicilianos? Para que las riquezas de aquel país, tan bien situado, pudieran aprovechar a la política imperial alemana era preciso crear lazos de unión artificiales. Esto solo podía reportar ventaja al soberano extranjero, y en cuanto al país y a su población únicamente le ofrecía la perspectiva de tener que servir a fines que no eran los suyos. Convencidos de esta idea, que los posteriores sucesos debían justificar, los sicilianos miraban con temor la soberanía alemana de que estaban amenazados; los corazones patrióticos sentían dolorosos recelos; y a pesar de todo, nada podía hacerse sin quebrantar los deberes solemnemente contraídos. Para salvar la independencia nacional se prescindió de estas consideraciones, y entonces surgieron para el imperio nuevos peligros; el partido alemán, que quería respetar los derechos de Enrique VI y de Constanza, no había de someterse sin resistencia; de suerte que la guerra por la independencia nacional llevó consigo, como consecuencia inmediata, la guerra civil, que debía ser fuente de nuevas complicaciones. Era de esperar que los sarracenos, establecidos en el Sur de la isla y protegidos contra el fanatismo religioso del pueblo únicamente por la severidad del gobierno, se levantarán en cuanto comprendieran los peligros que les amenazaban. Además, debía temerse que los barones de la Pulla, a quienes aguijoneaba hacia tiempo el afán de independencia, aprovecharían aquella ocasión favorable y se harían independientes.

El reino normando se encontraba, pues, en presencia de una grave crisis cuando falleció, en 18 de noviembre de 1189, el rey Guillermo II, último descendiente de la línea masculina de Roberto Guiscardo y de Roger, dejando su corona a su tía Constanza y a su esposo alemán. Los barones se reunieron en Palermo para celebrar consejo, y desde luego ocurrió el choque entre las tendencias opuestas. Al frente del partido nacional encontrábase el influyente canciller Mateo, mientras los partidarios de la sucesión alemana se agrupaban en torno del arzobispo Walter de Palermo; pero las pretensiones de estos últimos, que querían el cumplimiento del juramento prestado, fueron vencidas por el entusiasmo patriótico del partido nacional, entusiasmo que supo excitar el canciller pintando con negros colores la brutalidad de los bárbaros alemanes y la severidad despótica de Enrique. La descripción terrorífica de la soberanía extranjera que amenazaba al país, y cuyos representantes ni siquiera entendían el idioma de sus nuevos súbditos, causó profunda impresión, decidiéndose

que se haría una tentativa para crear y sostener una monarquía nacional, cuyo candidato tenía ya de antemano preparado el canciller Mateo. El presunto rey era Tancredo, conde de Lecce, hijo natural de Roger, es decir, del primogénito del rey Roger II, muerto prematuramente, en quien parecían revivir las relevantes dotes de este grande y enérgico soberano normando. Los antecedentes de Tancredo no podían calificarse de inmaculados, pues había representado un papel principal en las tenebrosas intrigas fraguadas en otro tiempo en la corte de Palermo, y descubierto como conspirador había debido su salvación a la magnanimidad del rey. A pesar de esto, Tancredo era un joven noble, de altas miras y amante de su patria; su persona era propia para captarse y mantener vivas las simpatías del pueblo; y como último vástago de la antigua familia real, parecía llamado a ser la encarnación de la independencia nacional tan seriamente amenazada. A este candidato opusieron los barones de la Pulla a Roger de Andria, pero este quedó postergado a pesar de que, como gobernador y Justicia mayor de la Pulla había ganado gran fama y mostrado excelentes cualidades. Tancredo de Lecce no se hacía ilusiones respecto de la responsabilidad que sobre sí tomaba; así es que vaciló mucho antes de aceptar la corona, y no se decidió, según parece, a ceñirla hasta que tuvo la certeza de que a su lado tendría la autoridad de la Iglesia. En enero de 1190 fué coronado rey de Sicilia, a instancias del papa, por el arzobispo Walter de Palermo.

Este hecho demuestra el cambio que en la política de la curia se había realizado. El pontificado, al oponerse a la unión de las coronas de Alemania y de Sicilia, combatía un peligro que amenazaba destruir en sus fundamentos su propio poder. Esta cuestión había sido ya causa de que el pacífico Lucio III rompiera con el emperador; de ella había nacido la hostilidad de Urbano III, y el mismo Clemente III, que se había mostrado dispuesto a coronar a Enrique emperador en vida de su padre, se ofreció desde luego a excluirle de la sucesión de Sicilia. El derecho que para esta exclusión tenía era indisputable, dado el punto de vista de que partía la curia. En efecto, la Pulla y la Sicilia eran feudos de la Santa Sede; según las prescripciones del derecho feudal, la heredera de un vasallo no podía casarse sin el previo consentimiento del señor; este consentimiento no había sido, en el presente caso, concedido ni siquiera solicitado, y por lo mismo eran nulas las disposiciones que había adoptado caprichosamente Guillermo II respecto del porvenir de su reino. El señor feudal podía, además, relevar del juramento que Tancredo de Lecce, como los demás magnates del reino, había prestado a Enrique VI y a Constanza. Las circunstancias se presentaban sumamente favorables para la curia romana, pues Enrique VI, detenido durante la primavera de 1190 en Alemania por la rebelión de los Welfos, no se encontraba en condiciones de hacer valer sus derechos presentándose rápidamente en los territorios del Sur de los Alpes. Pero aun cuando Enrique hubiera podido abandonar entonces la Alemania, la curia habría contado con un poderoso aliado que hubiera dificultado la entrada del Staufen en Sicilia. De paso para los Santos Lugares, Ricardo I de Inglaterra, que debía encontrarse en Messina con Felipe II para hacer juntos la expedición, había llegado a Sicilia, donde, con el auxilio de su poderoso ejército, se había conquistado una situación influyente y peligrosa, por su ambigüedad para con todos. Como hermano de Juana, la viuda de Guillermo II, y con el pretexto de defender sus derechos, se mezclaba de un modo tan arbitrario como egoísta en las cuestiones del reino, que se aprestaba para la defensa de su independencia nacional, al mismo tiempo que con la astucia

y las violencias propias de un normando explotaba los apuros en que se veía Tancredo de Lecce, que acababa de ser elevado al trono. A manera de conquistador se estableció en Messina y con sus arbitrarias hostilidades provocó el odio de la maltratada población, esperando que estallara y le proporcionara pretexto para exagerar más sus violencias. Con todo esto acabó por oprimir de tal suerte al rey, que este, para librarse de ulteriores dificultades, consintió en todas sus exigencias con el único objeto de que se alejara de sus territorios aquel peligroso huésped. Sin embargo no pudo conseguir su intento ni aun por medio del tratado que en 11 de noviembre de 1190 firmó con él, contra los deseos del rey de Francia que le aconsejaba resistir sin manifestarse, empero, dispuesto a prestarle eficaz auxilio. Aun cuando se pactó paz y amistad entre Tancredo y el rey de Inglaterra, y a pesar de que Ricardo I prometió a su protegido que mientras permaneciera en Sicilia estaría dispuesto a defenderle contra los ataques de cualquiera que quisiera invadir el país ó entablar lucha con él, Tancredo no pudo llegar a tal acuerdo sin hacer sacrificios desproporcionados y sin satisfacer la codicia del incómodo protector, pagándole una suma de cinco millones de marcos, cantidad enorme que da a comprender que no estaban del todo destituidos de fundamento los maravillosos cuentos que se referían respecto de los tesoros del rey normando. A pesar de todo esto, todavía se pasaron tres meses hasta que Ricardo emprendió por fin su expedición a Oriente.

Puede darse como probado que no fueron simplemente ni la codicia ni el deseo de aventuras los que hicieron olvidar durante tanto tiempo a Ricardo Corazón de León su promesa de hacer la cruzada y le movieron a permanecer en Messina. Esta política no iba dirigida contra Tancredo, sino contra Enrique VI, y aunque aparentemente era caprichosa y contradictoria, en el fondo estaba presidida por una idea fija y consecuente, cuya alta importancia é incalculable trascendencia no pueden negarse. La aparición del rey inglés en Sicilia había coincidido con el levantamiento de los Welfos contra Enrique VI. Esta acción, que se acometía en dos teatros de la guerra muy distantes, pero congéneres, fué convenida en la entrevista que Enrique, el primogénito del León, tuvo con su tío inglés, antes de que este se embarcara en dirección a Sicilia, en el mes de febrero de 1189, en la Reole, población del Sur de Francia (1). El objeto de esta acción común se presenta claro por lo que se refiere a Enrique el León, pero en cambio se presta a dudas la intención que llevaba Ricardo al detenerse en Sicilia. La actitud que en un principio adoptó parecía indicar que su objeto era la ocupación de la isla, pero este proyecto se estrelló ante la enérgica resistencia de la población y especialmente ante la de los griegos, que preponderaban en el territorio de Messina. En vista de esto, obligó a Tancredo a aceptar aquella alianza que en apariencia le ponía bajo su protección, pero que en realidad enlazaba la causa nacional de los sicilianos, con gran desventaja para estos, con las intrigas welfo-pontificias fraguadas contra el imperio Staufen y ponía la Sicilia al servicio de estas intrigas. Por de pronto la suerte se mostró propicia a los enemigos del Staufen; en efecto, cuando Enrique VI, después de la paz de Fulda, se aprestaba, durante el otoño de 1190, a dirigirse hacia el Sur, llegaron noticias del Asia Menor anunciando la muerte del emperador Federico I y la dispersión del ejército cruzado alemán, que tantas esperanzas había hecho concebir. Enrique VI se vió, pues, obligado a detenerse más tiempo en Alemania; y cuando, en el invierno de 1190 a 1191, pudo marchar al Sur, su si-

(1) *Origines Guelphicae*, I, pág. 731.

tuación había empeorado notablemente, pues no podía contar ya con las buenas disposiciones anteriormente mostradas por la curia en punto a su coronación imperial, y temió que los Welfos aprovecharan inmediatamente su ausencia para intentar de nuevo la reconquista de su antiguo poderío.

Pero precisamente en estas dificultades se demostró el golpe de vista político y la habilidad diplomática del joven soberano, que se había educado en una escuela tan ilustre. Ante todo, era preciso afirmar y estrechar las buenas relaciones con las ciudades lombardas, que habían sido, durante los últimos años, la base de la fuerza de su padre en Italia, pues no podía prescindir de los ricos recursos pecuniarios que estas aliadas podían facilitarle. En lo más principal logró este objeto firmando una alianza con Piacenza y Como, y atrayendo a la causa de los Staufen a Cremona, Ferrara, Bolonia y otras ciudades, así como a los marqueses de Montferrato y Malaspina por medio de ricos presentes. Únicamente Milan no quiso unirse a Enrique, enfrente del cual se presentó muy pronto como enemiga. Pero por lo que se refiere a la lucha por la Sicilia, fué de importancia decisiva el hecho de que Pisa abrazara la causa de Enrique y pusiera a su disposición su formidable escuadra para conquistar aquel reino. De esta suerte Enrique, teniendo guardadas las espaldas por poderosos aliados, pudo avanzar resueltamente hacia Roma para ser en esta ciudad coronado emperador, como se le había prometido. A fines de marzo de 1191 había fallecido Clemente III, el cual, a pesar de sus sentimientos pacíficos y amistosos hacia el imperio, se había visto obligado por la fuerza de las circunstancias a ponerse de parte de los enemigos del Staufen, y como señor feudal había aprobado la coronación de Tancredo y el tratado que a este había impuesto Ricardo de Inglaterra. Un cambio de pontífice era, en aquel momento, un grave compromiso para ambas partes, pero más lo era todavía para el colegio de cardenales, que con la elección debía decidir, quizá por mucho tiempo, sobre la política de la curia, y esto en una época tan crítica, sin conocimiento de las personas y en presencia de una situación embrollada. De aquí que deseara cumplir lo más deprisa posible su cometido y que la elección tuviera todos los caracteres de una elección precaria hecha únicamente para crear una situación provisional que pronto había de dar lugar a una nueva elección completamente libre. En efecto, resultó elegido el cardenal diácono Jacinto, hombre de ochenta y cinco años, descendiente de la familia Orsini, muy digno, de intachable conducta y de piedad reconocida, pero sin el golpe de vista y sin el valor del hombre de Estado. Celestino III, tal fué el nombre que tomó, ateniéndose a las consideraciones que habían sido causa de su promoción y pensando en la magnitud del conflicto que le crearía la llegada de Enrique VI, apeló a la mezcla política de los subterfugios, de los aplazamientos, de los obstáculos y de las evasivas, política que estaba fuera de su lugar tratándose del joven Staufen y que debía menoscar a los ojos de amigos y enemigos el prestigio de la curia. Este papa negó a Enrique la coronación imperial que su antecesor le había prometido, y para no verse obligado a ceder ante una imposición, aplazó bajo fútiles pretextos su propia consagración, sin la cual no podía hacer entrega de la corona del imperio.

Esta política, tan impotente como pífida, indignó a Enrique VI. El papa, con su premeditada inercia, hizo que todo se suspendiera, transcurriendo días y semanas que hubieran podido aprovecharse; y a todo esto, el rey inglés seguía aun en Messina aplazando de un día para otro con vanos pretextos el viaje, que tanto deseaban los sicilianos. Entretanto la